





Newton Compton Editores

Título original: *Satélites que orbitan planetas desiertos*

© 2024, María Sotelo

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: abril de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-19620-74-3

Código IBIC: FR

DL: B 21.215-2023

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Javier Sánchez Meco

Impreso en abril de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

María Sotelo

# Nosotros somos infinitos



Newton Compton Editores  
Barcelona, 2024

*Te van a criticar hagas lo que hagas,  
así que haz lo que quieras  
y asegúrate de que te hace feliz.*

# *Playlist*

*Dolce Vita*, de Ryan Paris

*Centro di Gravità Permanente*, de Franco Battiato

*Gloria*, de Umberto Tozzi

*Me emborracharé*, de Grupo Extra

*You Shook Me All Night Long*, de AC/DC

*Più bella cosa*, de Eros Ramazzotti

*La Bachata*, de Manuel Turizo

*Años 80*, de Los Piratas

*Dinamita*, de La Bien Querida

*Caballos salvajes*, de Sidecars

*Voglio vederti danzare*, de Franco Battiato

*Love of My Life*, de Queen

*El Doctorado*, de Tony Dize

*Bachata Rosa*, de Juan Luis Guerra 4.40



# Prólogo

## Bianca

**P**arpadeo de forma compulsiva sin apartar la mirada de la fotografía que ocupa la pantalla de mi teléfono móvil, en la que aparece una preciosa —por mucho que me moleste reconocerlo— invitación de boda. El pedazo de papel descansa sobre una mesa cubierta con un fino mantel, velas y flores secas. La imagen es tan perfecta, tan idílica, tan asquerosamente romántica que tengo ganas de gritar. Y lo haría si no fuera por el nudo que me oprime la garganta.

Se casa.

El muy malnacido se casa.

Y encima con ella.

Apoyo el peso de mi cuerpo en la puerta del baño y mi espalda desciende por la superficie hasta que no soy más que un ovillo en el suelo, aferrado a un teléfono móvil y un puñado de recuerdos amargos a los que creía haberles ganado la batalla hace mucho tiempo.

Pero han vuelto con toda la artillería para dinamitar la paz que tanto me costó recuperar.

Maldito planeta desierto.

No quiero llorar, de verdad que no, pero no puedo evitar hacerlo. Y me odio por ello, aunque mis lágrimas no sean fruto del dolor, sino de la rabia. ¿Por qué he tenido que comprobar que era cierto? ¿Acaso no me bastaba con reabrir la herida que he tenido que añadir sal? La culpa es suya por tener pública la cuenta de Instagram. De no ser así, yo jamás hubiera visto esa foto. ¿A quién quiero engañar? La

culpa es mía, y solo mía, por entrar en su perfil. ¿A quién se le ocurre hacer tan soberana estupidez? A mí, por supuesto. A la idiota oficial del reino.

—Bianca. —Los golpes en la puerta me devuelven a la realidad, a este baño en el que llevo encerrada más tiempo del que debería—. ¿Estás bien?

—Sí, sí —respondo con un hilo de voz mientras aparto las lágrimas a manotazos—. Enseguida salgo.

En otras circunstancias accionaría la cisterna para disimular, pero a estas alturas de la historia no hay necesidad de hacerlo. Los dos sabemos que mi encierro poco tiene que ver con la dudosa excusa de que me haya sentado mal la comida.

Abandono mi escondite y salgo al pasillo con la mirada fija en el suelo.

—Bianca...

Yo niego con la cabeza. Él no termina la frase.

—No digas nada, por favor. —Cojo mis cosas del perchero del recibidor y sujeto el pomo de la puerta con determinación—. Hablamos mañana, ¿vale?

—Vale.

El frío de noviembre me recibe al abrir el portal. Me enrosco la bufanda, aprieto el abrigo contra mi cuerpo y emprendo el camino de vuelta a casa con la cabeza a punto de estallar.

# Capítulo 1

## El Café Oberón

Bianca

*Unos días antes*

Tengo la mala costumbre de observar a la gente que, cada día, entra en mi pequeña parcela del mundo a través de la puerta acristalada, en la que puede leerse CAFÉ OBERÓN. La cafetería que mi familia ha regentado durante décadas. El nombre se lo puso mi abuelo en honor al rey de las hadas de *El sueño de una noche de verano*, de Shakespeare. Era un fanático de la literatura, algo que mi padre heredó de él —entre otras muchas cosas—, pero eso ahora no viene a cuento.

Me pregunto si son felices, si tienen el trabajo que siempre soñaron, si encontraron el amor, si les gustan los perros, los libros, el olor a tierra mojada, el vino o las series de acción o si, por el contrario, no son más que satélites orbitando el planeta equivocado. Todos lo somos, de un modo u otro, en algún momento de nuestras vidas.

El tintineo de la campanilla de la puerta anuncia la llegada de un nuevo visitante. Ladeo la cabeza mientras deposito sobre el mostrador la bandeja de galletas recién horneadas y contengo la risa cuando veo a Bel entrar a la carrera.

—Llegas tarde —intento regañarla, porque las dos sabemos que me sale regular.

De la misma manera que también sabemos que caerá en saco roto. Tengo asumido que mi hermana va a llegar tarde hasta a su propio funeral. Ya encontrará la manera de hacerlo.

—Dos minutos —rebate ella mientras rodea la barra en dirección al pequeño cuarto que usamos como vestuario para dejar la cazadora negra de piel que acaba de quitarse y que a mí me parece demasiado fina para el frío que hace. Aunque tengo que reconocer que va perfecta con su estilo desenfadado.

—¿Qué tal ha ido la mañana?

Me da un beso en la mejilla al tiempo que se anuda el delantal alrededor de la cintura y yo coloco las galletas en uno de los expositores.

—A tope. Ya sabes cómo son las mañanas.

—¿Claudia ya se ha marchado?

Claudia es, junto con Martín, una de nuestras compañeras. Ni a Belinda ni a mí nos gusta referirnos a ellos como empleados, aunque les paguemos a final de mes, porque en el Oberón no entendemos de jerarquías. Aquí somos una familia.

—Acaba de irse, lo raro es que no os hayáis cruzado.

Martín, al que esta semana le toca el turno de tarde con mi hermana, y que ya ha llegado, porque él sí es puntual, se acerca a la barra con la bandeja repleta de vajilla que acaba de recoger de una de las mesas. Se dispone a meterlo todo en el lavavajillas en el mismo momento en el que la campanilla de la puerta vuelve a sonar.

—Ya voy yo —anuncia Bel, más que dispuesta.

Tanto que levanto la vista de mi tarea para comprobar si —tal y como imagino— quien acaba de entrar es el chico moreno que, desde hace un par de semanas, viene cada tarde, a la misma hora, con su impecable traje de chaqueta, a tomar café antes de entrar a trabajar en el edificio de oficinas que hay al otro lado de la calle.

Lo poco que sabemos de él es que es abogado —algo que era fácil deducir porque suele venir con un montón de carpetas bajo el brazo con el logotipo del despacho de

la tercera planta— y que se llama Carlos. Dato que nos proporcionó Patricia, una de nuestras clientas más fieles y recepcionista del despacho en cuestión, que no empieza el día hasta que se toma su café solo bien cargado a las ocho y media de la mañana.

—No sé qué le ve —murmura Martín a mi espalda, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

Siendo sincera, el abogado está para quitarte el hipo, pero eso no se lo puedo decir a Martín. El pobre muchacho lleva colado por mi hermana desde que puso un pie en este local y me da mucha pena que ella no le corresponda. Es un buen chico, guapo, trabajador, atento, gracioso y educado. Harían una pareja monísima y estoy convencida de que la trataría como a una reina, pero no hay chispa. Eso me dijo mi hermana la última vez que le saqué el tema: «Me encantaría que me gustase, Bianca, de verdad que sí, pero no hay chispa». Así que no me quedó más remedio que cerrar el pico. Hay cosas que, simplemente, no pueden ser, por mucho que nos gustaría que fuesen. A mí me lo van a contar...

Bel vuelve a la barra y es entonces, al verla de frente, cuando me fijo en la camiseta que lleva puesta. Es negra, porque, aunque no tenemos uniforme como tal, siempre vestimos ropa negra bajo el delantal gris con el logotipo de la cafetería bordado.

—¿En serio, Bel? —niego con desaprobación tras leer el mensaje.

—¿Qué pasa?

—¿NO SOY TU TERAPEUTA?

Porque eso es lo que pone en su camiseta. Bien grande y con letras blancas. Para que resalte como está mandado.

—¿Sabes cuánta gente me cuenta su vida a lo largo del día?

Esa es la pregunta que esgrime para justificar su indumentaria mientras se concentra en preparar el café con leche de Carlos.

—¿Y crees que eso va a disuadir a alguien de no hacerlo?  
—Apunto con el dedo hacia el mensaje y arqueo una ceja—.  
¿Vas a señalarle la frase al abogado si intenta contarte sus penas?

—Si el abogado quiere contarme sus penas, yo me compro hasta el diván, hermanita —responde mientras se dirige a la mesa del susodicho.

Yo observo sus movimientos desde mi posición sin perder detalle. El abogado sonrío. Bel le sonrío todavía más. Tanto que no descarto que le dé un tirón en la cara por la tensión. Cuando vuelve a dirigir sus pasos hacia la barra, mis ojos, por iniciativa propia, vuelven a centrarse en su indumentaria.

—En serio, Bel, ¿cuánto te gastas al mes en estampación de camisetas? —pregunto. Y espero que no me diga que el sueldo íntegro.

Ya he perdido la cuenta de todas las que tiene. Por supuesto, a cuál peor. QUE PAREN EL MUNDO QUE YO NECESITO UN CAFÉ. ESTA VIDA NOS VA A MATAR. Las guarda en un cajón del armario que está hasta los topes.

—Menos que tú en libros de autoayuda.

Estoy a punto de soltarle una fresca cuando la campanilla vuelve a sonar y una chica rubia, guapísima, se acerca a la barra.

—Perdona. —Se dirige a Martín—. ¿Puedes ponerme un café con leche desnatada y sacarina?

—S-sí claro, ¿l-lo quieres para llevar? —tartamudeó.

—No, no, es para tomar aquí. —Señala una de las mesas vacías y mi compañero asiente, medio embobado, hasta que le doy un codazo con todo el disimulo que puedo—. Y una de esas galletas de avena y naranja.

Señala el expositor.

—Ahora mismo te lo llevo.

—Genial, gracias.

La chica gira sobre sus talones para acomodarse en la mesa que le ha indicado y yo tengo que contener la risa otra vez, porque el panorama que tenemos ahora mismo tras la barra es para troncharse. Martín, que ha seguido a la muchacha con la mirada hasta que ha tomado asiento, se ha quedado en trance. Y Bel, que también ha sido testigo de la escena, alterna la mirada, con la boca abierta de par en par, entre nuestro compañero y la chica.

Mi hermana y yo nos miramos mientras prepara la comanda de la susodicha —porque Martín sigue en Babia— y puedo leer en sus ojos un claro «¿qué acaba de pasar?», al que respondo con «no tengo la menor idea, pero creo que aquí hay tema», que ella entiende, por supuesto, porque me devuelve la sonrisa.

—¡Ey! —Mi hermana chasquea los dedos delante de la cara de Martín—. Ay, madre, ¡que se ha quedado atontado! —me dice como si él no pudiera oírlo, pero puede, y la mira confuso—. ¿Le llevas tú el pedido o se lo llevo yo? —Señala la bebida que ella misma acaba de preparar, y que ha dejado sobre la bandeja junto al plato en el que ha colocado la galleta—. Venga, Romeo, que se enfría —lo apremia.

Es terrible.

Es mi hermana y la quiero con locura, pero es terrible. Y que conste que no lo digo como algo negativo, al contrario. Bel tiene sus sombras, como todo el mundo, pero también está llena de luz. Aunque puede parecer una excéntrica —y en el fondo lo es—, a veces envidio su forma de ser.

Martín se entretiene un buen rato con la chica y, por supuesto, no se libra del tercer grado de Bel en cuanto regresa a la barra.

—¿Es cosa mía o te ponía ojitos?

—No digas tonterías —responde con rapidez.

Demasiada, diría yo. Es evidente que no quiere tener esa conversación con mi hermana. Y lo entiendo. Para él tiene

que resultar muy incómodo, pero, conociéndola, dudo mucho que pueda evitarlo.

—Uy, tonterías, dice... ¿A que le ponía ojitos?

Mi hermana busca mi apoyo y yo me escaqueo como puedo. Paso de meterme en berenjenales.

—No me he fijado.

—Embustera.

Entorna los ojos.

—No te pongas en plan Celestina, por favor —le pido.

—¿Perdona? —Se lleva la mano al pecho con dramatismo—. Soy infinitamente más guapa —añade ofendida—. Porque te recuerdo que esa señora era bizca y fea, y también que regentaba un prostíbulo. Además, ¿sabes cuánta gente muere en esa historia?

—¿Todos?

—Pues eso.

—No quiero interrumpir vuestro debate literario, pero ¿no huele un poco a quemado? —interviene Martín.

—Es la cabeza de Bianca, seguro —responde Bel mientras yo olfateo el aire como un sabueso.

—¡Mierda! —Salgo disparada hacia la cocina—. ¡Los *muffins*!

Saco la bandeja del horno y evalúo los daños. Podría ser peor. Se ha salvado más o menos la mitad de la hornada.

—¿Hay supervivientes?

Bel asoma la cabeza sobre mi hombro.

—Alguno ha quedado, pero no sé si van a llegar —respondo—. Es viernes.

Lo que significa que a media tarde recibiremos la visita del habitual grupo de abuelillas entrañables. Nosotras las llamamos «El club de los viernes», porque el título de la novela de Kate Jacobs les va que ni pintado, a pesar de que, en lugar de calceta, lo que hacen es pilates una vez por semana en el centro que hay justo al lado del café. El caso es que todas,

sin excepción, piden un *muffin* con pepitas de chocolate, puesto que es el único capricho que se permiten a la semana.

—¿Por qué te crees que me he puesto la camiseta? —Se señala el pecho con los dedos—. Son unas abuelitas adorables, sí, no te digo que no, pero son muy cansinas con sus achaques.

—No seas borde, Belinda.

Odia que utilice su nombre completo, así que lo hago por fastidiar cuando saca los pies del tiesto, algo que suele hacer muy a menudo.

—Como me vuelvas a llamar Belinda te comes la bandeja del horno —amenaza—. Venga, vete a casa, que ya me ocupo yo de hacer otra hornada para las del hogar del jubilado. No vaya a ser que, por no tener *muffins* para todas, no puedan volver a contarme lo alto que tienen el azúcar mientras se chuperretean el chocolate de los dedos.

Le lanzo el trapo a la cara, pero lo esquiva con agilidad.

—Eres terrible.

—Pero me adoras.

—No te creas, a veces me cuesta —respondo con una sonrisa que ella no puede ver porque le doy la espalda.

Recojo mi abrigo y el bolso, me despido de Martín y paso por la cocina antes de marcharme.

—Voy a acercarme al supermercado. ¿Qué te apetece cenar? —Y antes de que se le ocurra decir pasta, porque sería la tercera vez esta semana, añado—: Y no vuelvas a pedirme pasta, porque se me va a quedar cara de *tortellini*.

—¿*Pizza*?

—No sé para qué pregunto.

Pongo los ojos en blanco. Es una causa perdida.

—¡Te quiero!

Eso es lo último que escucho antes de salir a la calle. La declaración de amor que me hace mi hermana desde la cocina. Y no descarto que la haya escuchado todo el café.



## Capítulo 2

### Los satélites de Urano

Bianca

Extiendo la masa de *pizza* sobre la encimera de la cocina y añado los ingredientes mientras me lamento, porque, si no le hubiera preguntado a mi hermana, ahora mismo estaría preparando una ensalada y mis vaqueros me lo agradecerían. Aunque mi paladar no tanto.

Solo espero que su inminente viaje termine con esta obsesión por lo italiano y variemos la dieta, porque si, en lugar de eso, la acrecienta y me arrastra con ella vamos a acabar como dos focas monje.

Mi hermana lleva años ahorrando para poder pasarse un mes entero recorriendo Italia. Sola. Con un par de ovarios. Yo sería incapaz por muchas ganas que tuviera de hacerlo, pero ella no es como yo. Bel se fija un objetivo y no para hasta conseguirlo. Tiene el viaje planificado al dedillo. Rutas, horarios, transportes... Todo. Y este año es el AÑO. Lo que significa que no puede estar más emocionada. ¡Si hasta se ha matriculado en una academia de idiomas porque «necesita» perfeccionar su italiano! Lo dicho, está obsesionada.

Todo empezó cuando visitó Florencia en un viaje de fin de curso y, en una de las excursiones que tenían organizadas, los llevaron a ver el *David* de Miguel Ángel. Volvió tan maravillada que hasta a mí me entraron unas ganas locas de coger un avión y plantarme en la Galería de la Academia para sufrir en mis propias carnes el síndrome de Stendhal.

Todavía no he descartado la idea de hacerlo en algún momento.

Quién sabe.

Estoy a punto de meter la *pizza* en el horno cuando escucho la llave en la cerradura.

—¡Ya estoy en casa!

El sonido de su voz viene acompañado del ruido que hace cuando se desprende sin miramientos de sus zapatos en el recibidor.

Bel y yo vivimos juntas desde hace casi tres años, aunque esa no era la idea inicial cuando me trasladé a su piso, sobre todo por no tentar a la suerte. Compartir casa y trabajo son demasiadas horas juntas como para que no llegue la sangre al río tarde o temprano. Sin embargo, lo que empezó siendo algo temporal se convirtió en una agradable rutina sin que ninguna de las dos fuera del todo consciente de ello.

—Qué bien huele.

Pega la nariz a la puerta del horno.

—¿Qué tal ha ido la tarde?

—Agotadora, pero bien.

Mi hermana y yo heredamos el negocio familiar hace un par de años. Mi madre decidió pasarnos el testigo cuando nuestro padre falleció y ella se vio incapaz de seguir adelante sola con todo.

Creo que ninguna veía el Café Oberón como el trabajo de su vida, pero en aquel momento tampoco estábamos dispuestas a traspasarlo ni a vender un local que ya formaba parte de la familia. Un café al que nuestros padres se habían dedicado en cuerpo y alma durante años y que guardaba entre sus paredes tantos recuerdos que ni cien capas de pintura hubieran podido borrar. Así que nos liamos la manta a la cabeza, le hicimos un pequeño lavado de cara al local, actualizamos la carta, nos reciclamos a nosotras mismas y tiramos para delante como pudimos.

Es un trabajo sacrificado, no se trata solo de preparar cafés y repostería, también hay que ocuparse de los pedidos, las

cuentas, las facturas y hasta de las redes sociales. Al principio estábamos las dos solas, creyendo que podríamos con todo, echando horas, hasta que nos rendimos a la evidencia de que no éramos supermujeres y que necesitábamos ayuda. Fue entonces cuando contratamos a Martín y Claudia y empezamos a respirar.

Ninguna de las dos se ha arrepentido de la decisión que tomamos. Supongo que también nos resultó fácil porque, en aquel momento, nuestra situación laboral estaba lejos de ser ideal.

Bel se había licenciado en Turismo y rebotaba de un trabajo temporal a otro sin terminar de encontrar su sitio. Y yo, a pesar de que tenía un contrato indefinido como recepcionista en una clínica dental, que me daba cierta estabilidad, odiaba mi trabajo. En realidad, a quien odiaba era a mi jefe. Un miserable que infravaloraba mi tiempo y mis capacidades hasta el punto de que yo misma dudaba de ellas. Era —y es, porque esa gente nunca cambia— un manipulador de manual. De esos que no te pagan las horas extras porque «todos tenemos que arrimar el hombro», porque «el negocio va mal», pero luego sacan dinero de la empresa y se van un mes de vacaciones a la India para encontrarse a sí mismos. Y tú esperas que se encuentren y que, cuando lo hagan, no puedan volver a mirarse al espejo sin sentir náuseas. Así que os puedo asegurar que el día que presenté la baja voluntaria fue uno de los más felices de mi vida.

Otro de ellos fue cuando inauguramos el «nuevo» Café Oberón. ¿Habéis sentido alguna vez que estáis en el lugar correcto? Pues el Oberón es ese lugar para mí. Da igual cuándo y cómo. A veces pienso que este café fue mi salvavidas. Nunca imaginé que trabajar aquí y hacerlo con mi hermana me haría tan feliz. Supongo que el universo tiene sus propios planes.

Cenamos sentadas en la alfombra mientras comentamos los detalles del día.

—Esta tarde ha venido la chica de la biblioteca —me dice Bel.

—¿Ana?

—La misma. Al parecer, hay una gotera en la sala que utilizan para el club de lectura y me ha preguntado si podrían hacer la reunión de la próxima semana en... espera... ¿Cómo lo ha llamado? —Mi hermana hace memoria con la mirada perdida en el techo—. Ah, sí, nuestro «rincón de lectura».

Supongo que por «rincón de lectura» se refiere a la zona en la que tenemos una estantería que sirve como punto de intercambio de libros y un par de sofás individuales frente a una mesita baja. En esta familia, el amor por la literatura siempre ha estado muy presente, así que lo suyo era que también lo estuviera entre las paredes del Oberón.

—Pero ¿cuántos son? —pregunto preocupada, porque la zona no es muy amplia que digamos.

—Son cuatro gatos —responde—. Ya sabes que en este país la gente lee cada vez menos. —No le quito razón—. Salvo las del grupito de Claudia, que leen por ti, por mí y por todos mis compañeros.

Se refiere a nuestra compañera Claudia, que tiene un grupo de amigas a las que conoció a través de Instagram. Se definen a sí mismas como un grupo de chicas «muy majas y muy *salás*». Son supergracias. Todas tienen cuentas dedicadas a la lectura y suelen quedar una vez al mes en el café para ponerse al día, comentar libros, intercambiarlos y ese tipo de cosas. De hecho, la mitad de los libros de la estantería del Oberón los han dejado ellas.

—¿Y qué le has dicho a Ana?

—Que no había ningún problema si, al menos, se tomaban un café.

—¡Por Dios, Bel!

—Y por la Virgen, Bianca. Que tenemos un negocio, no un centro social.

—Eres terrible.

—Terrible no, rentable —rebate—. Te recuerdo que no somos una ONG.

—¿Y cuándo se reúnen?

—El jueves, a las cinco, los tienes allí.

—Claudia estará encantada.

Trabajamos en turnos rotativos de mañana y tarde de lunes a sábado. Lo que significa que la próxima semana el turno de tarde nos toca a Claudia y a mí.

—¿Quieres que te preste mi camiseta de ALERTA: SPOILER? Ríe.

—No, gracias.

—Tú te lo pierdes.

Se encoge de hombros.

—No me parece serio.

—La vida es demasiado corta como para tomársela en serio, hermanita.

—¿Ya empezamos con la filosofía de bolsillo?

—Y eso lo dice la de los azucarillos de Mr. Wonderful —responde indignada—. Qué poca vergüenza tienes.

No le hagáis ni caso. Solo son azucarillos con frases positivas. Como, por ejemplo, SI TE RODEAS DE PERSONAS QUE SON LUZ, LO VERÁS TODO MÁS CLARO O DEJA DE ESPERAR A QUE LAS COSAS PASEN, SAL AHÍ FUERA Y HAZ QUE PASEN.

—Los azucarillos molan —objeto—. Y, cuando nos etiquetan en una foto de Instagram gracias a ellos, no te disgustan tanto.

—Lo que tú digas... —Sabe que tengo razón, pero no quiere reconocerlo, así que cambia de tema—. ¿Quieres que te preste la camiseta o no?

—Belinda, de verdad te lo digo, hablar contigo es agotador.

—Que no me llames Belinda, coño.

—Te llamas Belinda.

—En qué mala hora...

—No dramatices, que podría haber sido peor.

Y eso tampoco me lo discute, porque sabe que vuelvo a tener razón.

A mi padre le fascinaba la astronomía, incluso formaba parte de una asociación para aficionados en la que no solo recibía asesoramiento tanto en instrumentación telescópica como en conocimientos específicos para adentrarse en un campo concreto: estudio de estrellas variables, supernovas, cometas o asteroides. La lista es larga y reconozco que, a diferencia de mi progenitor, a mí nunca me ha interesado demasiado el tema.

Todo comenzó cuando, siendo muy pequeño, mi abuelo lo llevó a visitar el planetario y aquella Navidad le regalaron su primer telescopio. Se pasaba horas observando el cielo, maravillado.

Gracias a esa pasión que sentía mi padre —o quizás a pesar de ella—, sé que Urano tiene veintisiete satélites. Los más importantes, conocidos como «lunas clásicas», son Titania, Oberón, Umbriel y Miranda, pero todos los demás también tienen nombre. La peculiaridad, en el caso de Urano, es que la denominación de estos satélites no procede de la mitología grecorromana —como sucede con la mayoría de cuerpos del sistema solar—, sino de los personajes —principalmente femeninos— de las obras de William Shakespeare y Alexander Pope.

Bianca y Belinda fueron descubiertos en enero de 1986, con diez días de diferencia. El primero recibe su nombre de la hermana de Katherine en la obra *La fierecilla domada*, de Shakespeare. El segundo es la heroína de *El rizo robado*, de Pope. Yo nací ese mismo año, y supongo que mi padre lo interpretó como una señal del cielo. Nunca

mejor dicho. Mi madre era el centro de su universo y nosotras sus pequeños satélites, orbitando a su alrededor.

Lo que está claro es que la elección de nuestros nombres dejó patente la pasión de nuestro padre por el universo y la literatura. A veces me pregunto si el nombre del café se debe solo a Shakespeare o si hay algún otro culpable.

El caso es que, si analizamos la lista completa de satélites de Urano, no miento cuando digo que podría ser peor si nos hubieran bautizado como Ofelia, Crésida o Porcia. Aunque a mi hermana no le sirva de consuelo.

—Es que... ¿a quién se le ocurre llamarme Belinda? ¿No podían haberme llamado Miranda, como la hija del mago Próspero?

Eso lo dice ahora, pero estoy segura de que a Miranda también le hubiera encontrado alguna pega.

—Belinda es un nombre precioso.

—Belinda es nombre de abuela.

—Algún día serás una abuela adorable.

—Sí, claro, e iré a pilates los viernes de cinco a seis... ¡No te jode!

La verdad es que no me imagino a mi hermana yendo a clases de pilates. Ni de pilates ni de yoga ni de nada que requiera un mínimo de esfuerzo físico. El único deporte que practica es correr cuando llega tarde, o cuando la lluvia la pillaba sin paraguas en mitad de la calle.

—Seré una abuela molona. De esas que llevan tatuajes, pendientes de kilo y medio, pintalabios rojo, las uñas pintadas de negro y vestidos estampados —medita—. O pantalones de cuero. Todavía no lo he decidido.

¡Por el amor de Dios!

La visión me produce escalofríos.

La sonrisa de mi hermana, todavía más.



## Capítulo 3

### Mucho ruido y pocas nueces

Bianca

**M**e encanta trabajar los sábados. No por el hecho de tener que trabajar, vaya por delante que no soy una obsesa, sino porque es el día más tranquilo de la semana. No hay horarios. No hay prisas. Y la gente está mucho más relajada. Me gusta venir con tiempo para organizar el día, así que, cuando llega Claudia, yo ya he preparado un par de bizcochos, una tarta de manzana y un millón de tortitas.

—¿Has dormido aquí? —pregunta cuando detecta el aroma que llega de la cocina.

—Sabes que no me gusta empezar el día agobiada.

Soy una de esas personas que, si quedan contigo a las seis, llegan a las cinco y media, porque han salido de casa con tiempo suficiente para solventar cualquier imprevisto.

—Igualito que tu hermana. —Ríe. Creo que ya os he dicho que mi hermana llega tarde a todas partes—. Esa tarta de manzana tiene una pinta increíble... Espero que llegue a la tarde, he quedado con las chicas a las seis.

—Si no llega, te preparo otra.

—Eres la mejor.

Me abraza tan fuerte que me estruja.

Es una niña adorable. Nunca recuerdo con exactitud cuántos años tiene. ¿Veintidós? ¿Veinticuatro? Lo dicho, nunca lo recuerdo, pero ronda los veintipocos. Todavía conserva la inocencia de aquellos a los que la vida no ha vapuleado. Es menuda y rubia, aunque, si tuviera que destacar algo de su aspecto físico, sin duda, sería que le rien los ojos. Es

alegre por naturaleza. Y, en un mundo lleno de grises, las personas así son oro.

La mañana se nos pasa volando entre cliente y cliente. Le cuento que el club de lectura de la biblioteca va a reunirse en el Oberón la próxima semana y se entusiasma con la idea. Claudia es una devoradora de libros en toda regla y cualquier plan relacionado con ellos la vuelve loca.

—¿Crees que Bel me prestará su camiseta de ALERTA: SPOILER? —Los ojos casi se me salen de las órbitas por la pregunta de Claudia, pero ella no parece notarlo, porque sigue con sus cavilaciones—. Debería hacerme una igual. Me chifla esa camiseta. Sí. Definitivamente, voy a plagiársela.

Mientras Claudia divaga, yo lleno el lavavajillas y apunto en mi lista de tareas urgentísimas esconder todas las camisetas de Bel antes de que esto se convierta en una guerra de mensajes estampados.

—¿Ese no es tu cuñado?

Asomo la cabeza por encima de la barra y compruebo que Hugo acaba de entrar en el café.

—Excuñado —aclaro a Claudia, entre dientes, mientras observo los movimientos de Hugo—. ¿Qué haces tú por aquí? —pregunto a modo de saludo cuando se acerca.

Mi excuñado es el único miembro de mi exfamilia política con el que he mantenido el contacto después de separarme. Y puedo decir que es uno de mis mejores amigos, por raro que parezca después de lo que pasó. A los demás no quiero verlos ni en pintura.

Me da un beso en la mejilla y toma asiento en la barra.

—He venido guiado por el olor de tus pasteles.

Señala la tarta de manzana, y Claudia asiente para darle la razón mientras lo mira embobada.

«Juventud, divino tesoro», pienso con los ojos en blanco.

—¿Café solo sin azúcar?

—Y un pedazo de tarta. —Me enseña su encantadora sonrisa y añade—: Por favor y gracias.

Preparo lo que me ha pedido y lo deposito frente a él, que da buena cuenta de la porción de tarta en apenas un par de bocados. No sé cómo no se atraganta; este chico no come, engulle.

—Ahora en serio, ¿por qué has venido?

—Me gustan tus tartas —responde mientras se limpia los dedos con una servilleta, que acaba convertida en un gurrúño sobre el plato.

—Hugo...

—¿Comemos juntos mañana? —suelta de golpe.

—Oh, Dios. —Me llevo la mano a la frente—. Si tienes que invitarme a comer, es peor de lo que pensaba.

Hugo viene poco por el café, no le cuadra de paso, no le queda cerca. Ni de su casa ni del instituto en el que trabaja. No, en absoluto. Tiene que cruzar media ciudad y, cuando lo hace, digamos que no viene acompañado de buenas noticias.

—En mi casa. —Deja unas monedas sobre la barra a las que no presto atención y se levanta antes de que pueda rechazar su invitación y obligarlo a contarme ahora mismo lo que ocurre—. No llegues tarde.

—¡No he dicho que vaya a ir! —le grito a su espalda.

—¡Trae el postre! —responde con arrogancia, justo antes de salir por la puerta y dejarme con un palmo de narices.

Será cretino.

—¿Es cosa mía o cada día está más *buenorro*?

Vuelvo a poner los ojos en blanco al escuchar la pregunta de Claudia. Y espero que sea retórica, porque no pienso responder a eso.

A ver, que Hugo es guapo es un hecho. Y también que —por su profesión— está en buena forma, pero yo no diría tanto como *buenorro*. No sé, nunca lo he mirado de esa manera,

quizá porque yo solo tenía ojos para su hermano. Ojalá hubiera prestado más atención a todo lo que sucedía a mi alrededor, me hubiera ahorrado muchos disgustos.



Me paso el resto de la mañana preocupada. La invitación de Hugo me da mala espina. Si quería contarme algo, ¿por qué no lo ha hecho en el café? ¿Tan horrible es? No soporto que me dejen con la intriga.

—Claudia me ha dicho que ha venido Hugo. —Ni siquiera me he dado cuenta de que Bel ha entrado en la cocina—. ¿Ha pasado algo? —añade preocupada.

—Sí, pero todavía no sé el qué.

—¿No te ha contado nada?

—No.

Sacudo la cabeza.

—Pues qué bien —ironiza.

Porque ella tampoco soporta que la dejen con la intriga, así que ya somos dos.

—Bianca, me marcho ya —dice Claudia, con el abrigo puesto, mientras se apoya en el quicio de la puerta de la cocina—. ¡Buen fin de semana!

—¿Y de mí no te despides? —le reprocha mi hermana.

—A ti te veo esta tarde.

Le saca la lengua y Bel la imita.

Vaya dos. Lo que me recuerda...

—Claudia quiere que le prestes tu camiseta de ALERTA: SPOILER —intervengo.

—Cierto —apoya la aludida.

—A ver, Claudia, pastelito mío. —Cuando mi hermana empieza con los calificativos subidos de azúcar la cosa pinta mal—. Yo te la presto, pero... o cortamos carne o

compramos tela, porque estoy segura de que tus *lolas* no entran en una de mis camisetas.

Bel señala los pechos de Claudia con escepticismo y luego señala los suyos. La diferencia salta a la vista.

—Pues no lo había pensado.

—Normal, caramelito, seguro que estabas ocupada regodeándote en la imagen del culito prieto de Hugo.

Claudia se pone como un tomate.

—¡Belinda, por Dios! —la regaño.

—Y por la Virgen, hermanita, que tú dirás lo que quieras, pero tiene el culo para partir nueces.

Y se tronchan de risa las dos. Si es que vaya par. Lo que yo decía.

—Mira, de verdad, paso de vosotras.

—¿Qué me he perdido? —pregunta un recién llegado Martín.

—Nada, nada —respondo antes de que alguna enrede más el asunto—. Estas dos, que son unas escandalosas.

No sé si se queda muy convencido, pero al menos no insiste.

—Voy a cambiarme.

Martín se encamina al vestuario mientras Claudia lo observa con medio cuerpo apoyado en el marco de la puerta.

—Este también podría partir nueces con el culo —susurra nuestra compañera y las dos nos giramos sorprendidas por su comentario.

—¿Perdona? —pregunta Bel, atónita.

—No me digas que no te has fijado.

—Eh... ¿no?

La respuesta de Bel es tajante.

—Pues hazlo.

—Una cosita, Claudia... ¿a ti te gusta Martín?

La pregunta de mi hermana me pilla desprevenida.

Ladeo la cabeza y fijo mi atención en Claudia, expectante por su respuesta.

—Gustar, gustar, no... Pero es mono —responde con una sonrisa tonta en el rostro.

—Pues sí que tiene público el muchacho —se sorprende Bel.

—¿Quién tiene público?

Martín ha vuelto y nos ha cogido con las manos en la masa.

—El monitor del centro de pilates —responde mi hermana con agilidad—. Las tiene a todas locas, ¿verdad, Claudia?

Claudia asiente como una autómatas y Martín se encoge de hombros.

Menudo percal.

Al menos, la charla me ha servido para dejar de darle vueltas a la conversación pendiente que tengo con Hugo.

Recojo mis cosas y me acerco para despedirme de mi hermana cuando me la encuentro con la mirada clavada en el culo de Martín, mientras este, medio inclinado, revisa el contenido de las neveras que hay bajo la barra. Le doy un manotazo en el brazo para llamar su atención y ella se sobresalta.

—¿Todo bien?

Le regalo una sonrisa maligna.

—Mejor que bien.

Asiente con escepticismo, como si no terminara de creerse lo bien que está todo. Y por todo me refiero al culo de Martín, porque no le quita ojo. Ahora la sorprendida soy yo.

Lo último que escucho antes de salir por la puerta del café me arranca otra sonrisa que no se me borra en lo que queda de día.

—Oye, Martín, ¿a ti te gustan las nueces?